

su mano izquierda al señor de Marsy, con el pretexto de enseñarle un camafeo antiguo que llevaba en el dedo; y le dejó la mano, el conde tomó el anillo y se lo volvió á poner; aquello resultó casi indecente. La señora de Llorentz, que jugaba nerviosamente con una cuchara, rompió su vaso de Burdeos, cuyos pedazos de cristal se llevó en un instante uno de los sirvientes.

—Se echarán mano al moño, con seguridad—dijo el senador al oído de Rougón.—¿Les ha observado usted?... Pero, lléveme el diablo si entiendo el juego de Clorinda. ¿Qué es lo que se propone?

Y al dirigir su mirada al vecino, se quedó muy sorprendido ante la alteración de sus facciones.

—¿Qué es lo que tiene usted? ¿Se siente usted mal?

—No—contestó Rougón,—parece como si me faltara algo la respiración. Estas comidas duran demasiado. Además, se siente un olor á almizcle...

Aquello tocaba á su término. Algunas damas se comían aún un bizcochito, retrepadas en sus asientos. Sin embargo, nadie era osado á moverse. El emperador, mudo hasta entonces, acababa de alzar la voz; y, en los dos extremos de la mesa, los convidados, que habían olvidado completamente la presencia de Su Majestad, tendían de repente el oído, con semblante de gran complacencia. El soberano contestaba á una disertación del señor Beulin-d'Orchère contra el divorcio. Luego, interrumpiéndose, lanzó una mirada al tan descotado corpiño de la joven se-

fiora americana, sentada á su izquierda, y dijo con su voz pegajosa:

—En América nunca ví que se divorcieran sino las mujeres feas.

Y la risa se extendió entre los convidados. Pareció un rasgo de ingenio tan agudo, y hasta tan delicado, que el señor La Rouquette puso su imaginación á la tortura para descubrir su oculto sentido. La joven dama americana creyó ver sin duda una lisonja, pues dió las gracias, un tanto confusa, con una inclinación de cabeza. El emperador y la emperatriz se habían levantado. Oíase de un lado á otro el rozar de las faldas, el crujir de las sedas, un pisoteo alrededor de la mesa, mientras que los ujieres y los lacayos, colocados gravemente junto á las paredes, eran los únicos que aparecían correctos, en medio de aquella desbandada de personas que habían comido bien. Y el desfile se organizó de nuevo, con Sus Majestades á la cabeza, los invitados siguiendo en hilera, espaciados por las largas colas, atravesando la sala de los guardias con solemnidad un si es ó no es falta de respiración. Tras de ellos, á la plena claridad de los arañas, en el desorden tibio aún de los manteles, retumbaban los acordes de la gran música militar, dando fin á la última figura de un rigodón.

El café fué servido aquella noche en la galería de los Mapas. Un prefecto del palacio llevó la taza del emperador en una bandeja de plata sobredorada. Entretanto muchos de los convidados habían subido ya al fumadero. La emperatriz acababa de re-

tirarse con algunas damas al salón de familia, á la izquierda de la galería. Decíanse al oído unos á otros que había demostrado un vivo disgusto ante la extraña actitud de Clorinda durante la comida. Esforzabase en introducir en la corte, durante la estancia en Compiègne, una decencia burguesa, una afición á los juegos de sociedad y á los placeres del campo. Sentía un odio personal, algo como rencor, contra ciertas extravagancias.

El señor de Plouguern habíase llevado á parte á Clorinda, para darle una leccioncita de moral. La verdad era, que quería que se confesase con él. Mas ella se dió por sorprendida en gran manera. ¿De dónde sacaban que se hubiese comprometido con el conde de Marsy? Habían bromeado uno con otro, y pare usted de contar.

—Pues mira allí—dijo el viejo senador.

Y, empujando la puerta á medio abrir de un saloncito inmediato, enseñóle á la señora de Llorentz moviendo un zipizape terrible al señor de Marsy. Habíales visto entrar. La hermosa rubia, perdido el seso, se desahogaba dando rienda suelta á las más groseras expresiones, perdiendo toda medida y olvidando que los estallidos de su voz podían producir un espantoso escándalo. El conde, un tanto pálido, se sonreía y la tranquilizaba, hablando con rapidez, con dulzura, en voz queda. El ruido de la contienda, habiendo llegado hasta la galería de los Mapas, los invitados que oyeron se alejaron, por prudencia, de la vecindad del saloncito.

—¿Luego lo que tú deseas es que fije las famosas cartas en las cuatro esquinas del castillo?—le preguntó el señor de Plouguern, quien había reanudado su marcha, después de haber dado el brazo á la joven.

—¡Eh! no sería poco chistoso—le contestó riendo.

Entonces, estrechando su desnudo brazo con todo el ardor de joven galante, volvió de nuevo á sus predicaciones. Había que dejar para la señora de Combelot las actitudes excéntricas. Y acabó por darle la seguridad de que Su Majestad parecía en extremo irritada contra ella. Clorinda, que profesaba verdadero culto por la emperatriz, se quedó maravillada. ¿En qué había podido desagradarle? Y cuando llegaron en frente del salón de familia, paráronse un instante, mirando por la puerta, que se había dejado abierta. Todo un círculo de damas rodeaba una gran mesa. La emperatriz, sentada en medio de ellas, les enseñaba con toda paciencia el juego de los anillos, mientras que los caballeros, detrás de los sillones, estaban atentos á la lección, con toda gravedad.

Rougón, durante aquel tiempo, ponía de vuelta y media á Delestang, en el extremo de la galería. No se había atrevido á hablarle de su mujer; echábale en cara la resignación que demostraba al aceptar una habitación que daba al patio del castillo; y quería constreñirle á que reclamase una habitación con vista al parque. Pero Clorinda se acercaba del

brazo del señor de Plouguern; y decía de manera de ser oída:

—¡Déjeme usted en paz con su señor Marsy! No le volveré á hablar en toda la noche. ¿Está usted satisfecho?

Aquellas palabras tranquilizaron á todos. Precisamente el señor de Marsy salía del saloncito, al parecer contento como unas pascuas; bromeó un instante con el caballero Rusconi, y luego entró en el salón de familia, en donde no tardó en oirse á la emperatriz y á las damas reír á carcajadas por un cuento que de Marsy las refería. Diez minutos después, la señora de Llorentz se presentó á su vez; parecía fatigada y no le había desaparecido cierto temblor de manos; y al notar que curiosas miradas espiaban sus menores movimientos, se quedó allí, valientemente, hablando en mitad de los grupos.

Un respetuoso aburrimiento hacía que se ahogasen bajo los pañuelos ligeros bostezos. La velada era el rato penoso de la jornada. Los nuevos invitados, no sabiendo cómo distraerse, se acercaban á las ventanas y contemplaban la noche. El señor Beulin-d'Orchère continuaba en un ángulo su disertación contra el divorcio. El novelista, que encontraba aquello «aplastante», preguntaba muy bajito á uno de los académicos si no estaba permitido irse á acostar. En esto, el emperador aparecía de vez en cuando, atravesando la galería y arrastrando los pies, con un cigarrillo en la boca.

—Ha sido imposible organizar maldita la cosa para

esta noche—explicaba el señor de Combelot al reducido grupo formado por Rougón y sus amigos. —Mañana, después de la caza con galgos, habrá para éstos una comida fiambre á la luz de las antorchas. Pasado mañana, los artistas de la Comedia Francesa deben venir á representar *Les Plaidours* (Los Litigantes). Háblase también de cuadros al vivo y de una charada, que se representará allá al fin de la semana.

Y proporcionó todos los detalles. Su mujer desempeñaría un papel. Los ensayos iban á empezar. En seguida contó, con todos sus detalles, un paseo realizado la antevíspera por la mañana á la «Piedra que da vueltas», un monolito druídico, en torno al cual se estaban practicando excavaciones. La emperatriz había tenido empeño en bajar.

—Imagínense ustedes—continuó el chambelán con conmovido acento,—que los obreros han tenido la fortuna de descubrir dos cráneos en presencia de Su Majestad. Nadie esperaba semejante cosa y todos han quedado la mar de contentos.

Acariciábase la soberbia barba negra, que tan gran éxito le atraía entre el sexo débil; su hermoso semblante de hombre vanidoso ofrecía una dulzura de zoquete; y ceceaba al hablar, por exceso de finura.

—Pero—arguyó Clorinda,—habíaseme asegurado que los actores del Vodevil darían una representación de la nueva comedia... Las mujeres sacarán trajes

ideales. Y hay para reir hasta descoyuntarse, á lo que parece.

El señor de Combelot repuso con afectado continente:

—Sí, sí, se ha hablado de ello un instante.

—Y bien, ¿qué?

—Se ha abandonado el proyecto. A la emperatriz apenas le gusta esta clase de representaciones.

En aquel instante hízose un gran movimiento en la galería. Todos los hombres habían bajado del salón de fumar, y el emperador iba á jugar su partida de tejo. La señora de Combelot, que se preciaba de ser un águila en este juego, acababa de pedirle un desquite, pues tenía presente haber sido vencida por él, en la temporada anterior; y se presentaba con tierna humildad, ofreciéndose siempre con tan provocadora sonrisa, que Su Majestad, contrariada y hasta intimidada, tenía muy á menudo que apartar los ojos.

Entablóse la partida. Un gran número de convidados formó círculo, juzgando los golpes y quedándose con tanta boca abierta. La joven delante de la larga mesa cubierta de paño verde, lanzó su primer tejo, que colocó cerca del hito, figurado por un punto blanco. Pero el emperador, mostrando mayor destreza todavía, lo apartó y ocupó su lugar. Aplaudióse con discreción. Sin embargo, la señora de Combelot fué quien ganó.

—Sire ¿qué es lo que hemos jugado?—le preguntó con osadía.

El emperador se sonrió, mas no dió respuesta. Después, volviéndose, dijo:

—Señor Rougón, ¿quiere usted hacer una partida conmigo?

Rougón se inclinó y tomó los tejos, sin dejar de hacer mención de su torpeza.

Un estremecimiento se había apoderado de las personas colocadas á ambos lados de la mesa. ¿Acaso era verdad que Rougón volvía á obtener el favor del soberano? La sorda hostilidad en que se movía desde el punto y hora en que había llegado, se disipaba, y las cabezas se adelantaban para seguir con la vista sus tejos, en actitud de simpatía. El señor La Rouquette, más perplejo aún que antes de la comida, llamó á un lado á su hermana, con el objeto de saber á qué carta quedarse; mas ella no pudo, sin duda, proporcionarle ninguna explicación satisfactoria, puesto que volvió con avinagrado gesto de incertidumbre.

—¡Ah! magnífico—murmuró Clorinda, tras de un golpe diestramente jugado por Rougón.

Y dirigió significativas miradas á los amigos del gran hombre que se encontraban allí. El momento era oportuno para impelerle á la amistad del emperador. Clorinda dirigió el ataque. Durante un momento aquello fué un chaparrón de elogios.

—¡Diablo!—exclamó Delestang, que no pudo dar con nada más apropiado en la muda mirada de los ojos de su mujer.

—Y usted se nos daba por desmañado!—dijo el

caballero Rusconi con entusiasmo.—¡Ah, Sire! os lo ruego, no os juguéis la patria con él.

—No hay más sino que el señor Rougón se portaría como nadie respecto á Francia, seguro estoy de ello—agregó el señor Beulin-d'Ochère, comunicando un delicado gesto á su semblante de perro dogo. La frase iba directa, y el emperador se dignaba sonreír. Y rió de la mejor gana, cuando Rougón, cohibido por tanta lisionja, contestó, con el ademán más modesto que darse podía:

—¡Dios mío! ¡jugué tanto al chito cuando era un granuja!

Al oír reír á Su Majestad, toda la galería estalló. Durante un momento reinó un regocijo extraordinario. Clorinda, con su olfato de mujer avispada, había comprendido que al admirar á Rougón, jugador muy mediocre al fin y al cabo, se halagaba sobre todo al emperador, quien demostraba una superioridad incontrovertible. Sin embargo, el señor de Plouguern, no se daba aun por vencido y abrigaba sus celos por aquel éxito. Clorinda se acercó para tropezarle ligeramente con el codo, como quien no quería la cosa. Comprendió y quedó extasiado al primer tejo lanzado por su colega. Entonces, el señor La Rouquette perdiendo los estribos y jugando el todo por el todo, exclamó:

—¡Muy bonito! el golpe es de lo que no se ve.

Como el emperador hubiese ganado, Rougón pidió el desquite. Los tejuelos se deslizaban otra vez sobre el tapete de paño verde, con un zumbidillo

de hoja seca, cuando un aya se presentó en la puerta del salón de familia, llevando en sus brazos al príncipe imperial. El niño, que contaba ya unos veinte meses, llevaba un vestido blanco muy sencillo, con los cabellos despeluzados y con los ojos hinchados por el sueño. Por regla general, cuando se despertaba de aquel modo, por la noche, llevábanlo un instante á la emperatriz, para que lo besara. El infante miraba la luz con el semblante profundamente serio de los niños.

Un anciano, un gran dignatario, arrastrando sus gotosas piernas, se había precipitado á su encuentro. E inclinándose, con temblor senil de cabeza, tomó la regordeta mano del príncipe y murmuró con su cascada voz:

—¡Monseñor, monseñor!

El niño, asustado al ver acercarse aquel apergaminado rostro, se echó vivamente atrás y lanzó terribles gritos. Pero el anciano no le soltaba y seguía protestando de su adhesión. Y túvose que arrancar á su adoración la manecita que tenía pegada á los labios.

—¡Retírese usted, lléveselo!—dijo al aya, impaciente, el emperador.

El soberano acababa de perder la segunda partida, y dió principio la tercera en discordia. Rougón, que tomaba los elogios en serio, ponía sus cinco sentidos. Ahora á Clorinda le parecía que jugaba demasiado bien; y le deslizó al oído, en el instante en que iba á recoger los tejuelos:

—Supongo que no irá usted á ganar.

Rougón se sonrió. Mas, de repente, dejáronse oír fuertes ladridos. Era Nerón, perro de caza favorito del emperador, el cual, aprovechándose de una puerta á medio abrir, acababa de lanzarse á la galería. Su Majestad dió orden de que se lo llevaran, y un ujier tenía ya cogido al perro por el collar, cuando el anciano, el gran dignatario, se abalanzó de nuevo, gritando:

—¡Nerón, mi hermoso Nerón!...

Y casi se arrodilló sobre la alfombra para cogerle entre sus trémulos brazos. Apretábale el hocico contra su pecho y le daba ruidosos besos en la cabeza, gritando:

—Os lo ruego, Sire, no lo despedáis... ¡Es tan hermoso!

El emperador consintió en que se quedara. Entonces redoblaron las caricias del anciano. El perro no se asustó ni llegó á gruñir, lamiendo las secas manos que le halagaban.

Rougón, en aquel intervalo, cometía faltas. Había lanzado un tejo tan desmañadamente, que la redondela de plomo forrada de paño había saltado al corpiño de una dama, quien la sacó de en medio de sus encajes, poniéndose colorada. El emperador quedó triunfante. Entonces, con toda delicadeza, se le dió á entender que había alcanzado una seria victoria. Sintió algo así como ternura, y se alejó con Rougón, conversando, como si sintiese que debía consolarle. Anduvieron hasta el extremo de la ga-

lería, cediendo la pieza, á causa de su amplitud, para un bailecillo que se organizaba.

La emperatriz, que acababa de dejar el salón de familia, se esforzaba, con encantadora gracia, en combatir el aburrimiento cada vez más creciente de los invitados. Había propuesto jugar á los papelitos; mas ya era sobrado tarde y se prefirió bailar. Todas las damas se encontraban entonces reunidas en la galería de los Mapas, y se envió al fumadero en busca de los hombres que allí se ocultaban; y cuando se colocaban las figuras para un rigodón, el señor de Combelot se sentó galantemente al piano. Era un piano mecánico, con un pequeño manubrio á la derecha del teclado. El chambelán, con movimiento continuo de brazo, daba vueltas con seriedad admirable.

—Señor Rougón—decía el emperador—hásemelo hablado de cierto trabajo, de un paralelo entre la constitución inglesa y la nuestra... Tal vez podría proporcionarle á usted documentos.

—Vuestra Majestad es sobrado bondadoso... Mas yo tengo en estudio otro proyecto, un proyecto vastísimo.

Y Rougón, viendo tan afectuoso al soberano, quiso aprovechar la ocasión. Y explicó su proyecto detenidamente, su sueño de grandes cultivos en un rincón de las Landas, el desmonte de muchas leguas cuadradas, la fundación de una ciudad, la conquista de una nueva tierra. En tanto que hablaba, el emperador le miraba con sus taciturnos

ojos, en donde una luz centelleaba. Nada decía y movía la cabeza de tanto en tanto. Después, así que Rougón hubo concluido:

—No hay duda—dijo,—se podría ver...

Y, volviéndose hacia un grupo inmediato, compuesto de Clorinda, de su marido y del señor de Plouguern:

—Señor Delestang—dijo,—sírvese usted darnos su parecer... Conservo el mejor recuerdo de mi visita á su granja-modelo de la Chamade.

Delestang se acercó. Pero el círculo que se formaba junto al emperador, tuvo que retroceder hasta el vano de una ventana. La señora de Combelot, valsando medio desmayada, en brazos del señor de La Rouquette, acababa de envolver con su larga cola las medias de seda de Su Majestad. En el piano, el señor de Combelot saboreaba la música que producía; daba vueltas más de prisa y movía á un lado y otro su hermosa y correcta cabeza; y, de vez en cuando, dirigía una mirada á la caja del instrumento, como sorprendido por los sonidos graves que ciertos movimientos del manubrio devolvían.

—He tenido la dicha de obtener este año unos terneros sorprendentes, merced á un nuevo cruzamiento de razas—decía Delestang.—Desgraciadamente, cuando Vuestra Majestad estuvo allí, los parques se hallaban en reparación.

El emperador habló de cultivo, de cría de ganados, de abonos, todo con lentitud y por monosíla-

bos. Desde su visita á la Chamade tuvo á Delestang en gran aprecio. Alabábale sobre todo por haber intentado, con respecto al personal de su granja, un ensayo de vida en común, con todo un sistema de participación de ciertos beneficios y de caja de retiro. Cuando hablaban el uno con el otro, ostentaban comunidad de ideas, atisbos de humanitarismo que les hacía comprenderse con media palabra.

—¿El señor Rougón le ha hablado á usted de su proyecto?—preguntó el emperador.

—¡Oh! es un proyecto soberbio—contestó Delestang.—Podrían intentarse en gran escala ensayos...

Demostró un verdadero entusiasmo. La raza porcina le preocupaba muchísimo; los tipos más bellos se perdían en Francia. Luego dejó entender que se hallaba estudiando un nuevo aprovechamiento de los prados artificiales. Pero habría que disponer de inmensos terrenos. Si Rougón obtenía buen éxito, él se plantaría allí para aplicar su sistema. Y, de repente, se detuvo; acababa de reparar en que su mujer le miraba fijamente. Desde que Clorinda vió que aprobaba el proyecto de Rougón, mordíase los labios, furiosa, en extremo pálida.

—Amigo mío—dijo por lo bajo señalándole el piano.

El señor de Combelot, con los dedos magullados, abría la mano y la cerraba en seguida poco á poco, como para hallar descanso. Iba á embestir una polka, con la complaciente sonrisa de un mártir, cuando Delestang corrió á brindarse para reemplazarle;

lo que aquel aceptó con galantería, como si cediese un puesto de honor. Y Delestang, emprendiéndola con la polka, se puso á dar vuelta al manubrio. Mas aquello era otra cosa; carecía del juego flexible, del voltear fácil y blando del chambelán.

Rougón, no obstante, deseaba obtener un parecer definitivo del emperador. Este, muy seducido ante aquella idea, preguntábale ahora si no contaba con establecer allá vastas ciudades obreras; sería haceder conceder á cada familia un trozo de terreno, una corta concesión de agua, herramientas; y hasta le prometía comunicarle planos, el proyecto de una de aquellas ciudades que él mismo había trazado en el papel, con casas uniformes, en las que todas las necesidades se hallaban previstas.

—Yo participo, sin la menor duda, de todas las ideas de Vuestra Majestad,—contestó Rougón, á quien el nebuloso socialismo del soberano impacientaba.—Sin Vuestra Majestad, nada podríamos hacer... De esta suerte, habría sin duda que expropiar ciertas comunas, habría que declararse la utilidad pública. Yo tendría, en fin, que ocuparme de una sociedad... Una palabra de Vuestra Majestad es indispensable...

La mirada del emperador se ensombreció. Proseguía moviendo de un lado á otro la cabeza. Por último, sordamente, con voz apenas perceptible:

—Veremos... hablaremos de ello—dijo.

Y se alejó, atravesando con su tardo paso la figura de un rigodón. Rougón mostró serenidad como si hubiese obtenido la certeza de una contestación fa-

vorable. Clorinda aparecía radiante de júbilo. Poco á poco, entre los hombres graves que no bailaban, corrió la noticia de que Rougón dejaba á París, y que iba á ponerse al frente de una gran empresa, en el Mediodía. Entonces se acercaron á felicitarle. Le dirigían sonrisas de un extremo á otro de la galería. Ya no quedaba huella de la hostilidad del primer instante. Ya que él se desterraba *motu proprio*, bien se podía estrecharle la mano, sin correr el peligro de comprometerse. Fué aquéllo un verdadero alivio para muchos de los invitados. El señor La Rouquette, dejando el baile, habló del asunto al caballero Rusconi, con el acento de satisfacción del hombre que rebosa de contento.

—Hace muy bien; allí llevará á cabo grandes cosas—dijo.—Rougón es hombre de gran solidez; pero en política le hace falta tacto.

En seguida se enterneció hablando de la bondad del emperador, quien, según sus expresiones, «amaba á sus viejos servidores como se ama á las antiguas queridas». Aficionábase á ellas y experimentaba retoños de cariño, tras de las rupturas más ruidosas. Si había invitado á Rougón á Compiègne, sin duda había sido por alguna muda debilidad del corazón. Y el joven diputado citó otros hechos en honra de los buenos sentimientos de Su Majestad: cuatrocientos mil francos dados para pagar las deudas de un general arruinado por una bailarina, ochocientos mil francos ofrecidos como regalo de boda á uno de sus antiguos cómplices de Strasburgo



y de Boulogne; cerca de un millón invertido en favor de la viuda de un gran funcionario.

—Su caja está puesta á saco—dijo para concluir. —No se ha hecho nombrar emperador sino para enriquecer á sus amigos... Yo me encojo de hombros cuando oigo á los republicanos echarle en cara su lista civil. Diez listas civiles agotaría haciendo bien; dinero es que se devuelve á Francia.

Y sin dejar de hablar á media voz, el señor La Rouquette y el caballero Rusconi seguían con la vista al emperador. Este acababa de dar la vuelta á la galería. Maniobraba con toda prudencia por en medio de las bailarinas, avanzando mudo y solo en el vacío que el respeto abría delante de él. Cuando pasaba por detrás de los desnudos hombros de cualquier dama sentada, alargaba un poco el cuello, con los párpados entreabiertos y con mirada oblicua y penetrante.

—Y es toda una inteligencia—dijo en voz más queda aun el caballero Rusconi—un hombre extraordinario.

El emperador había llegado junto á ellos, y permaneció allí cosa de un minuto, melancólico y como si titubease. Luego pareció querer acercarse á Clorinda, muy regocijada en aquel instante y en extremo hermosa; mas ella le miró de tan atrevida manera, que debió de asustarle. Empezó de nuevo su marcha, con la mano izquierda echada atrás y apoyada en los riñones, y ocupada la otra en retorcer las enceradas gúfas de su bigote. Y, como el señor

Beulin-d'Ochère se encontrase en frente de él, dió un rodeo y se acercó al sesgo, diciendo:

—Parece que usted no baila, señor presidente...

El magistrado confesó que no sabía bailar, y que no había bailado en todos los días de su vida. Entonces el emperador repuso con animador acento:

—Eso no importa; se baila de todos modos.

Estas fueron sus últimas palabras. Acercóse pasito á paso á la puerta y desapareció.

—¿No es así? ¿No es un hombre extraordinario? —decía el señor La Rouquette, repitiendo la frase del caballero Rusconi.—¿Eh? En el extranjero se ocupan muchísimo de él.

El caballero, como diputado discreto, contestó con vagos movimientos de cabeza. Convino, no obstante, en que toda Europa tenía la vista fija en el emperador. Una palabra pronunciada en las Tullerías hacía tambalear los tronos vecinos.

—Es un príncipe que sabe callar—agregó con una sonrisa cuya delicada ironía pasó inadvertida al joven diputado.

Ambos volvieron galantemente junto á las damas, é hicieron invitaciones para el próximo rigodón. Un edecán hacía un cuarto de hora que daba vuelta al manubrio del piano. Delestang y el señor de Combelot se precipitaron hacia él, ofreciéndose á reemplazarle. Pero las señoras gritaron:

—Señor de Combelot, señor de Combelot... ¡El da vueltas mucho mejor!

El chambelán dió las gracias con amable saludo, y púsose á hacer girar el manubrio con impor-